Ana María Portugal*

Hallazgos y extravíos

"No hay feminismo sin socialismo". La frase estaba ahí, casi al final de un texto pleno de adjetivaciones, redondo en sus conclusiones de discurso político infaltable, como para cerrar con broche ¿de acero? los plenos cuatro días de discusiones, intercambios, reconocimientos, furores, insatisfacciones, lágrimas y risas, de un denominado "II Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe". La frase slogan estuvo a punto de encender la vieja polémica de los setenta, cuando ser feminista en ese continente, era como perder el estado de gracia conferido por el partido.

Pero no por gusto han pasado diez años y las de entonces ya no son las mismas que, curadas de excomuniones y actos de contrición, hace tiempo soltaron las amarras. "¡No más chantajes!" dijeron, para ahogar por siempre jamás, la mala conciencia, su conciencia de "pequebu". "No debemos caer en el juego de la conciliación" me dijo una colombiana frente a esa proclamación estentórea y obviamente reiterativa de un feminismo que, para contar con el *nihil obstat* de los comités centrales de todos los pelajes, debe declararse "revolucionario", "antiimperialista", "político", "de masas", "identificado con un sector de clase", "no ajeno a la sociedad", etcétera, etcétera.

Bogotá era una fiesta

Julio de 1981. En Bogotá, Colombia se realiza el primer cónclave feminista en la historia de América Latina. El viejo proyecto de las venezolanas lanzado como propuesta desde 1979, sólo pudo concretarse dos años después, luego de que las feministas colombianas decidieron tomar la responsabilidad del proyecto durante una agitada reunión en Copenhague en el verano europeo de 1980, lugar donde se efectuó la conferencia alternativa del foro de la segunda mitad de la década de la mujer, de Naciones Unidas. En Bogotá, 81, la atmósfera propiciada fue de fiesta. Un jubileo. Era la primera vez. Todo un encuentro pletórico. Fue esencialmente la celebración de un encuentro largamente esperado. No más de doscientas cincuenta participantes que tuvieron la posibilidad envidiable de conocerse, de tomar contacto sin el obstáculo multitudinario que representó Lima 83 con una concurrencia de alrededor de seiscientas asistentes (un verdadero récord y un desafío para las peruanas del colectivo organizador).

En Bogotá 81 la preeminencia de un feminismo existencial, fidelísimamente autónomo (un feminismo, el colombiano para este caso, que venía de librar la gran batalla con las mujeres de los partidos, a su modo también feministas) impuso un ambiente y un estilo (¿caribeños?) propicios para dar el salto, el gran despegue, en un intento por esclarecer y conjugar el discurso con la acción y capaces de otorgarle un curso más idóneo a un movimiento que debe nutrirse de la realidad latinoamericana, que se ha proclamado en todos los tonos democrático, no autoritario y ajeno a la clásica estructura partidaria. Desde la ceremonia de las presentaciones, privilegiada, reclamada y reivindicada, que llenó casi las veinticuatro horas del primer día, todo lo que vino después quedó librado a la voluntad general de las participantes", en un ambiente de total informalidad. "El Encuentro es de ustedes", un anuncio con vocación de desahogo que iba a permitir un ritmo de trabajo poco, o casi nada estructurado.

Perdidas en el bosque

Julio de 1983. En Lima la atmósfera respondió a otra etapa. Pero primero los entretelones. Esta vez la organización fue encargada a las peruanas en la figura de la coordinadora de organizaciones feministas desde 1980. En julio de 1982 esta coordinadora se pone de acuerdo en conformar un equipo de siete mujeres agrupadas en un colectivo organizador para las tareas generales y para asumir oficialmente la representación pública del evento. Al mismo tiempo, se instalan distintas comisiones que deberán realizar acciones especificas relacionadas con propaganda, infraestructura, economía y organización, tanto de los talleres (ideología) como del Encuentro en forma global.

Esta vez se contó con un tiempo propicio para la preparación, respaldado, de alguna manera, por la experiencia de Bogotá; se mantuvieron los criterios de autofinanciación y de creación de recursos propios. Asunto difícil para países como los nuestros que afrontan la más grave recesión económica de los últimos tiempos y, particularmente, para el Perú, en un año drámatico: desastres naturales (un aluvión destruyó totalmente las instalaciones del "Oasis de los Santos Apóstoles", lugar donde inicialmente iba a realizarse el Encuentro y que contaba con una infraestructura adecuada) y, también desastres de otra índole: paulatino empobrecimiento del nivel de vida, inflación, desempleo, terrorismo. Fue una lucha contra las condiciones políticas existentes y también contra el tiempo en la búsqueda desesperada de un local apropiado, cuestión nada fácil en una ciudad que no cuenta con suficientes servicios de este tipo.

Finalmente, se tomó la decisión de alquilar el club "El Bosque" (un her-

moso y ampio retiro privado campestre para familias de clase media, distante 33 kms. de Lima) asumiendo más de un riesgo, pues no sólo significó un mayor desembolso de dinero, sino también la situación de no contar con la privacidad necesaria, ni con el ambiente propicio para concentrar un grupo tan numeroso como el que hubo para esta ocasión.

En tales condiciones, fue difícil trasplantar el ambiente de Bogotá a un lugar como "El Bosque" que necesitó de un plano orientador para ubicar los distintos lugares donde estaban los talleres o grupos de discusión (funcionaron en los búngalows), o la sala de proyecciones, o el anfiteatro, un vasto escenario al aire libre, donde tuvo lugar la sesión plenaria de apertura.

Lima

El encuentro en Lima 83 fue un evento conscientemente estructurado, con un programa y horarios detallados. El número de talleres, 18 en total (el tema eje fue el patriarcado en América Latina), resultó un asunto abrumador para una gran mayoría que esperaba circular libremente. Esto suponía, por otra parte, un fatigoso desplazamiento hacia la zona de los búngalows, bastante alejadas del área central donde se concentró la parte operativa (paneles informativos, exposición de libros, revistas, afiches, folletos, en fín, un vasto y heterogéno muestrario del trabajo feminista como nunca antes se vio).

¿Un Desencuentro?

¿Pero quiénes vinieron a Lima 83? Mujeres de casi todos los países del Continente con algunas excepciones como Cuba o Nicaragua. Mujeres latinoamericanas en el exilio que arribaron de los Estados Unidos de Norteamérica, de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de Suecia. Mujeres del interior del país (Arequipa, Cuzco, Puno, Cajamarca, Trujillo, Chiclayo, Chimbote, Huancayo). Las delegaciones más numerosas fueron de Chile, Colombia y República Dominicana, fundamentalmente (entre cincuenta y ochenta por país). Una verdadera explosión feminista que inevitablemente planteaba diversidades, ritmos distintos y hasta opuestos. Ahí estaban las llamadas "feministas históricas" que, probablemente, no acababan de entender en que momento "nos volvimos institución" Luego las conversas que habiendo abjurado del partido, se sentían obligadas a ser "más" feministas. También las recién llegadas. Las había de todo tipo: académicas, sociólogas, literatas, actrices de teatro, cineastas, periodistas, politólogas, médicas, abogadas, psicoanalistas, toda esa gama de profesionales, unas más convencidas que las otras. No faltaron tampoco las que "querían saber qué plantean las feministas" porque se sentían con el derecho a ser admitidas. Las razones que dieron fueron varias: por militar en un partido de izquierda, por trabajar en un sindicato, o, simplemente, por estar interesadas en "el problema de la mujer". Y, finalmente, las "feministas clasistas" con su discurso de "la lucha de clases como factor decisivo para hablar sobre feminismo".

Al segundo día estalló una rebelión. Fue en una reunión convocada por las nostalgias de Bogotá: "¿Qué pasó de Bogotá a Lima?". Sirvió para canalizar la voz de las descontentas. "Estoy frustrada, esto es un desencuentro", admitia una mexicana. "Estamos presionadas por la teoría, por la investigación". "No nos estamos encontrando" (una colombiana), "la falta de autoconciencia nos ha debilitado" (una defensora de los grupos de autoconciencia), "el dinero nos desordena" (una crítica a las subvenciones). "Queremos un encuentro menos formal, menos teórico, más vivencial".

Resultado: se aceptan democráticamente los reclamos y, a partir de ese momento, amplia libertad para nuevas propuestas. Se multiplican los espacios alternativos: el minitaller sobre lesbianismo, una de las sesiones más ricas y reveladoras del Encuentro; otro sobre racismo, que concluye pidiendo "que se incluya dentro de la lucha feminista la dimensión racial". Al mismo tiempo, este ambiente propicia encuentros entre las argentinas (exiliadas y no exiliadas), entre las cineastas, entre las teatristas, las abogadas ("ir a la creación de bufetes feministas gratuitos") y hasta entre las peruanas de la provincia.

¿No hay más feminismo sin socialismo?

¿Y el final? Se intenta una recapitulación de las discusiones habidas durante cuatro días en los diversos talleres. Interesa una estrategia antes que conclusiones cerradas. ¿Habrá lugar para una discusion sobre la "línea correcta"? se preguntan algunas, frente al documento presentado por las "clasistas".

El plenario de cierre resulta abrumador aunque, en algunas instancias, reconfortante, no todo está perdido ante propuestas que reivindican a plenitud el sentido feminista de la lucha. El taller de trabajo doméstico presenta una: realizar el 22 de julio de cada año una huelga continental contra el trabajo doméstico. Otra: exigir a la Real Academia de la Lengua una nueva definición de la palabra "mujer" en base a un texto elaborado y en viado por nosotras.

En el ambiente flota una sensación reconfortante. Hay que recuperar nuestro espacio más allá de las polémicas sobre la "línea correcta". Para ello será necesario combinar los puntos más rescatables del famoso documento con los planteados en otros por uno de los grupos colombianos. Y la admisión de la existencia de enfoques y posiciones diferentes, acaba con las tensiones. Al menos hasta 1985 en Soa Paulo, Brasil, país elegido para celebrarse un tercer encuentro y para el que se vaticina una concurrencia no menos de dos mil mujeres.

¿Un final feliz? Depende...Aún quedan por saldar viejas polémicas y no pocos chantajes. También quedaron algunos interrogantes sobre el tipo de Encuentro más adecuado para las expectativas feministas. (a muchas nos quedó la sensación de haber asistido a una especie de multitudinario congreso de mujeres donde también estuvieron las feministas).

Pero lo fundamental quedó escrito y también proclamado. Esto es, que el feminismo es un movimiento social que está comprometido en la lucha por cambiar el sistema. Una lucha que pone de manifiesto nuestra especificidad de mujeres y que, por tanto, es revolucionaria. Que la lucha clasista y la lucha feminista son dos vertientes que convergen en un solo objetivo histórico: acabar con el sistema, pero que, muchas veces, la lucha feminista no necesariamenta va a coincidir coyunturalmente con los objetivos inmediatos de la lucha de clases. Por lo tanto, no podemos aceptar aquella falsa disyuntiva que plantea "no hay feminismo sin socialismo", ya que el feminismo, es una lucha que se ha dado a través de los siglos y se seguirá dando mientras existan mujeres sojuzgadas, tanto en el capitalismo como en el socialismo, realmente existente

* **Ana María Portugal** escritora y periodista que integra el Centro Flora Tristán en Lima, Perú. Es coautora del libro **Ser mujer en el Perú.**